

Lynn Picknett  
y Clive Prince

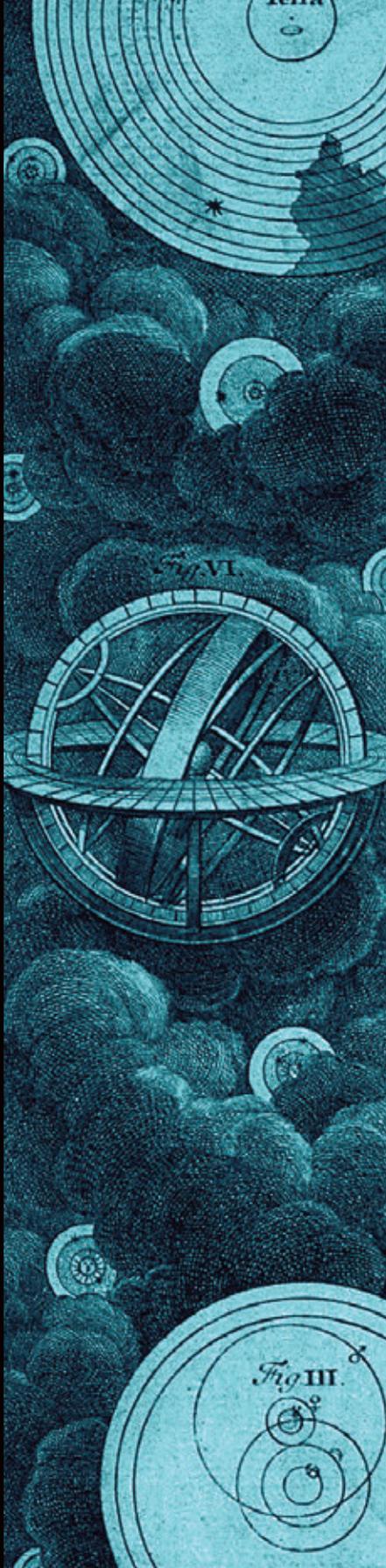
# EL UNIVERSO PROHIBIDO



LOS ORÍGENES  
OCULTOS DE  
LA CIENCIA MODERNA



BIBLIOTECA DIRIGIDA POR JAVIER SIERRA



Lynn Picknett y Clive Prince

# EL UNIVERSO PROHIBIDO



LOS ORÍGENES OCULTOS  
DE LA CIENCIA MODERNA



Ediciones  
Luciérnaga



BIBLIOTECA DIRIGIDA POR JAVIER SIERRA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Nos hemos esforzado por confirmar y contactar con la fuente y/o el poseedor del copyright de cada foto y la editorial pide disculpas si se ha producido algún error no premeditado u omisión, en cuyo caso se corregiría en futuras ediciones de este libro.

Título original: *The Forbidden Universe*

© del texto: Lynn Picknett y Clive Prince, 2011

Primera edición en Reino Unido en 2011 a cargo de Constable, un sello de Constable & Robinson.

Esta edición se publica con acuerdo con Little, Brown Book Group, London

© de la traducción: Javier Alfonso Bargaño Viana, 2018

© fotografía de la portada: Shutterstock.

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: junio de 2018

Director de la colección Ocultura: Javier Sierra

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2018

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-17371-19-7

Depósito legal: B-6.318-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

## SUMARIO

<i>Introducción</i> . . . . .	13
-------------------------------	----

### Primera parte

#### LOS ORÍGENES OCULTOS DE LA CIENCIA

1. Copérnico y el segundo dios . . . . .	21
2. El mesías hermético . . . . .	50
3. Galileo y la Ciudad del Sol . . . . .	81
4. El falso albor de la Rosacruz . . . . .	103
5. Señales, símbolos y silencio . . . . .	125
6. Isaac Newton y la hermandad invisible . . . . .	142
7. El verdadero legado de Egipto . . . . .	166
8. Lamento por Hermes . . . . .	191

### Segunda parte

#### LA BÚSQUEDA DE LA MENTE DE DIOS

9. El diseñador del universo . . . . .	201
10. Todo es polvo de estrellas. . . . .	223
11. La ropa nueva de Darwin. . . . .	240
12. La mente importa . . . . .	276
13. Escapar de la Tierra plana . . . . .	309

<i>Apéndice. Hermes y los primeros herejes.</i> . . . . .	319
---	-----

<i>Notas</i> . . . . .	325
------------------------	-----

<i>Bibliografía</i> . . . . .	345
-------------------------------	-----

<i>Índice de nombres</i> . . . . .	357
------------------------------------	-----

<i>Agradecimientos</i> . . . . .	367
----------------------------------	-----

## COPÉRNICO Y EL SEGUNDO DIOS

Hay tres acontecimientos clave que los historiadores de la ciencia citan como hitos en el largo camino que llevó de la superstición a la ilustración intelectual: la propuesta de Copérnico de la teoría heliocéntrica (1543), el proceso de la Iglesia contra Galileo por divulgar esta teoría como un hecho irrefutable (1633) y la publicación de *Principia Mathematica* de Isaac Newton (1687), que expuso las principales leyes físicas, especialmente las del movimiento y la gravedad. Un importante historiador de la ciencia lo expresó de la siguiente manera: «El conjunto de avances que comenzaron con Copérnico en 1543 y acabaron con Newton en 1687 es lo que da nombre a la Revolución Científica».<sup>1</sup> No obstante, estos grandes saltos hacia delante no tuvieron lugar porque Copérnico, Galileo y Newton antepusieran la razón pura a la irracionalidad religiosa, sino porque estaban inspirados por una misma filosofía centrada en la magia y descaradamente metafísica, una filosofía que también entusiasmó y motivó a otras grandes mentes de la misma época, entre ellas nuestro héroe particular Leonardo da Vinci.

Para los materialistas-racionalistas de hoy es difícil de aceptar que la mentalidad mágica no solo estuvo presente durante el Renacimiento, sino que fue la misma magia la que inspiró y dirigió toda aquella explosión de pensamientos y logros de la época. De una manera muy real, la magia configuró el mundo moderno.

El acontecimiento que se considera el punto de inflexión, el momento en que se separaron los caminos de la magia y la ciencia, fue la propuesta de la teoría heliocéntrica del cosmos, la cual sostenía que la Tierra orbita alrededor del Sol y no al revés, como se había pensado hasta entonces. Esta nueva y radical idea había

sido planteada por Nicolás Copernicus (1473-1543), como le gustaba llamarse a sí mismo al canónigo polaco Mikolaj Kopernik, siguiendo la moda de los académicos de su tiempo.

Hasta entonces, la astronomía y su gemelo esotérico, la astrología, se habían apoyado en la creencia tradicional de que la Tierra era el centro del universo. Era una suposición natural, puesto que el Sol, la Luna y las estrellas parecían moverse alrededor de nosotros en círculos regulares, mientras que el mundo en el que vivimos da la sensación de ser estático. El único problema con este sistema era el movimiento de cinco planetas que podía observarse a simple vista, que a pesar de mostrar un patrón, no parecía limitarse a orbitar la Tierra. En el siglo II a. C., el astrónomo y matemático griego-egipcio Claudius Ptolemaeus, conocido como Ptolomeo, concibió un modelo en que la Tierra era el centro, junto con un complejo sistema de ciclos y epiciclos que daba cuenta de los movimientos de los planetas. Fue la principal autoridad astronómica hasta que Copérnico le arrebató el puesto.

Pero, a pesar ser una figura con una influencia monumental, se sabe muy poco de cómo era Copérnico como hombre, aun cuando los hechos de su vida están bien documentados. Nació en Toruń, Polonia, en 1473, hijo de un comerciante de cobre, material del que proviene su nombre. Su padre murió cuando Copérnico era aún joven y un tío suyo que era canónigo se ocupó de su educación. Después de estudiar Derecho Canónico, siguió viviendo en el estimulante ambiente de la Italia del Renacimiento y estudió Derecho y Medicina en Padua, en la república de Venecia. Era un dibujante y artista dotado cuya auténtica pasión era la astronomía, a la que dedicó gran parte de su tiempo libre.

Cuando nombraron obispo a su tío, este le consiguió un puesto como administrador eclesiástico, o canónigo, en la ciudad de Frombork. Allí vivió el resto de su vida, morando en una torre —que ahora se conoce como Torre de Copérnico— en las dependencias de la catedral. En el año 2000 se descubrieron sus restos bajo la catedral. Como clérigo, Copérnico tenía prohibido casarse, pero, al parecer, no fue totalmente célibe, según los rumores que lo relacionan con su ama de llaves. Esto no sería algo del agrado de las autoridades eclesiásticas.

Sus deberes, no obstante, le dejaban suficiente tiempo libre para dedicarse a su pasión, la astronomía, que estudiaba en la torre. Como a muchos otros astrónomos de su época, a Copérnico le disgustaba la inexactitud del sistema de Ptolomeo, así que se propuso prestar atención al problema. Y, al contrario que la gran mayoría de los astrónomos que le habían precedido, los resultados que consiguió iban a cambiar la astronomía para siempre.

Copérnico desarrolló su nueva teoría radical en la primera década del siglo XVI, pero no la hizo pública durante muchos años. Se contentó con las discusiones académicas y pergeñó un resumen que circuló en el ámbito privado en la década de 1510. No publicó su denominada «nueva y maravillosa hipótesis», *Sobre las revoluciones de las esferas celestes (De revolutionibus orbium coelestium)* hasta el final de su vida: le entregaron las últimas galeradas en su lecho de muerte en 1543. El divulgador científico Paul Davies afirma que el libro es «quizá el propio nacimiento de la ciencia».<sup>2</sup>

Contra la creencia habitual, Copérnico no retrasó la publicación hasta su muerte por miedo a la ira del Vaticano. Era reuente a hacer pública su teoría solo porque iba a generar una gran controversia académica, y solo consintió escribir el libro por las presiones de los colegas que estaban entusiasmados con la teoría. Incluso el papa Pablo III había escuchado con atención una conferencia que dio su secretario, el académico alemán Johan Widmannstetter, diez años antes de que se publicara *Sobre las revoluciones*. Un cardenal que asistió a la conferencia, el arzobispo de Capua, fue uno de los que presionó a Copérnico para que escribiera y publicara su teoría. Que esto sirva para contrarrestar la percepción actual de la hostilidad de la Iglesia con relación a la obra Copérnico.

En *Sobre las revoluciones* presentó tres nuevas ideas controvertidas: que la Tierra se mueve en el espacio, que rota sobre su propio eje y que tanto ella como el resto de los planetas orbitan alrededor del Sol. Copérnico señaló los defectos del viejo sistema tolemaico y expuso las observaciones que le habían llevado a proponer un nuevo modelo del universo. En la página 31 plantea una proposición revolucionaria, incluso escandalosa, en la forma de un diagrama que muestra los planetas, en su orden correcto,

orbitando alrededor del Sol. Y, cuatro líneas por debajo de este revelador diagrama, hace una afirmación extraordinaria:

Por lo tanto [teniendo en cuenta la posición central del Sol], no es extraño que se lo haya denominado la lámpara del universo, o su mente, o su soberano. [Es] el Dios visible de Trismegisto...<sup>3</sup>

Copérnico relacionó el lugar físico del Sol en el sistema solar con conceptos decididamente trascendentales: es decir, que el Sol es la «mente» del universo o la sede del poder que gobierna la creación, o «el Dios visible de Trismegisto». Y es en estas tres palabras donde se encuentra la pista más importante para comprender la teoría de Copérnico, porque apuntan a la verdadera herejía que hizo temblar los cimientos del Vaticano.

## Controlar el milagro

Para saber por qué la referencia de Copérnico era —y, en ciertos aspectos, sigue siendo— tan capital, debemos fijarnos en otro documento seminal que se publicó más de medio siglo antes y donde se citaba a la misma autoridad misteriosa.

Consistía en un tratado que muchos habían llamado el manifiesto del Renacimiento,<sup>4</sup> puesto que cristaliza y encarna el espíritu y el propósito de aquella nueva era. Publicado en Roma en 1487, se conoce como *Discurso sobre la dignidad del hombre* (*De hominis dignitate*). Con la intención de leerlo en público, aunque nunca se llevó a cabo, fue escrito por el joven de veinticuatro años Giovanni Pico della Mirandola (1463-1494). Como hijo menor del gobernador de la ciudad-estado de Mirandola en el norte de Italia, y como príncipe de Concord, el nombre de Pico ya era conocido. Aunque su familia pertenecía a la nobleza de segunda clase, estaba emparentada gracias al matrimonio con ilustres dinastías como los Sforza de Milán y los Este de Ferrara. Pico había heredado influencia, y estaba encantado de poder sacar partido de ella.

Cuando llegó a Roma desde Florencia, después de haber estudiado en varias universidades, entre ellas la de París, Pico tenía

en su poder un conjunto de novecientas tesis —proclamas de varias tradiciones filosóficas, místicas y esotéricas— que, según afirmaba, eran mutuamente conciliables y coherentes. Aseguró que iba a demostrarlo en un debate público frente a toda la intelectualidad romana. Pero, dado que la mayoría de sus fuentes no eran cristianas, su petición de un debate público fue denegada y se condenó su labor. Al fin y al cabo, estamos hablando de Roma.

Sin embargo, Pico no iba a desanimarse tan fácilmente. Con una valentía y temeridad extraordinarias (una combinación que ostentan muchos héroes del Renacimiento), publicó una *Apolo-gía* —es decir, una defensa— que incluía sus novecientas tesis y lo que habría sido su discurso de apertura del debate, el *Discurso sobre la dignidad del hombre*.

Como sugiere el título que eligió, la cuestión fundamental para Pico era el genio de la humanidad y su lugar privilegiado en la creación. Para él, la facultad que definía al ser humano era el intelecto, el ansia de conocer y su capacidad para satisfacerla.

Según la parábola de Pico, después de que Dios creara el universo y lo poblara con seres angelicales del cielo y bestias de la Tierra, cada una con su naturaleza y función específicas, todavía necesitaba a una criatura que «pensara en el plan de su gran obra».<sup>5</sup> Puesto que todos los lugares del ecosistema cosmológico habían sido ocupados, Dios decretó que el hombre debería «tener la posesión conjunta de cualquier naturaleza que se hubiera otorgado a cualquier criatura».<sup>6</sup> Aún más, dado que era de una «naturaleza indeterminada», que no consistía «ni en ser del cielo ni de la Tierra, ni en ser mortal ni inmortal»,<sup>7</sup> el hombre podía escoger con su propia libre voluntad los atributos de cualquier otro ser de la creación, terrestre o celeste. Solo el hombre tiene la capacidad de elegir su propio camino:

... con la agudeza de sus sentidos, la perspicacia de su razón y la brillantéz de su inteligencia, [él es] el intérprete de la naturaleza, el punto nodal entre la eternidad y el tiempo.<sup>8</sup>

Igualar a la humanidad con los ángeles era, fundamentalmente, un anatema para la Iglesia de Roma, para la que la doctri-

na del pecado original significaba que los humanos nacían física y espiritualmente mancillados, y solo lograban alcanzar el Cielo si se sometían al dogma de la Iglesia y a los pronunciamientos de sus sacerdotes. Aunque tampoco esto era una garantía.

El fundamental *Discurso* de Pico comienza apelando a dos autoridades. La primera es *Abdala el Sarraceno*, el erudito musulmán del siglo IX Abd-Allah ibn Qutaybah, que afirmó que no había en el mundo nada más maravilloso que el hombre. Pico anota luego una cita del mismo sabio misterioso que también citará Copérnico: «La celebrada exclamación de Hermes Trismegisto, “Qué asombroso milagro es el hombre, Asclepio”» confirma la opinión [de Abdala].<sup>9</sup>

Es fácil comprender por qué Pico se vio envuelto en un escándalo. No era la mejor idea comenzar un debate con eruditos de la Ciudad Santa apelando a la autoridad de un musulmán y de un sabio claramente no cristiano, Hermes Trismegisto. Además, las tesis daban un lugar preponderante a la cábala, el sistema místico judío (muy diferente del culto moderno que ha popularizado Madonna).

La *Apología* de Pico solo empeoró las cosas. Presionado por los eruditos romanos, el papa Inocencio VIII la prohibió con celeridad. Por temor de su propia vida, Pico se retractó de sus afirmaciones antes de escapar por prudencia a París. Pero los brazos del papa eran largos e incluso allí fue encarcelado. Sin embargo, como veremos, justo cuando todo parecía perdido para él, su fortuna dio un vuelco.

El *Discurso* de Pico representa un elemento revelador del Renacimiento por varias razones. Pone de manifiesto la característica definitoria de la época, el cambio espectacular de perspectiva sobre la humanidad: de repente, el hombre se había convertido en un ser maravilloso con capacidades y posibilidades ilimitadas, dejando atrás la idea de criatura miserable y defectuosa desde su nacimiento, condenada por el pecado original. También puso de manifiesto el choque entre dos mentalidades: el nuevo espíritu del Renacimiento, abierto, curioso y ecléctico —en particular, con disposición para tomarse en serio otras fuentes de sabiduría fuera del domino cristiano— contra la actitud vieja, estrecha de miras, dependiente de la Biblia, de la Edad Media. La Iglesia siempre había

recelado de aprender por el gusto de aprender y había desconfiado de las novedades y de los retos intelectuales. El interés repentino en las nuevas formas de explorar el universo y el lugar que la humanidad ocupaba en él era una clara señal de haberse liberado de las antiguas cadenas. Efectivamente, el Renacimiento representaba una gran oleada de confianza colectiva.

«Pensar por uno mismo», actualmente, implica rechazar la religión establecida y cualquier forma de «superstición». Pero de ningún modo representó lo mismo para los intelectuales de la Europa del Renacimiento. La mayoría de las tradiciones de las que Pico extrajo sus tesis no eran obras reconocidas de física o matemáticas, sino de obras metafísicas, místicas y otras que hemos acabado llamando fuentes ocultas. Y sobre todo, fueron las obras de Hermes Trismegisto las que encendieron la pasión de Pico.

Hay muchas razones por las que el Renacimiento tuvo lugar en este momento. Una de ellas fue el interés renovado por los eruditos y filósofos de las antiguas Grecia y Roma, especialmente por Platón. Muchas obras de la antigüedad se habían perdido en Europa, pero habían sido conservadas en Oriente Medio, desde donde volvieron en cuentagotas a las bibliotecas europeas en las postrimerías de la Edad Media. Cuando en 1453 Constantino-  
pla, el último bastión del Imperio Bizantino (a su vez, el último bastión del Imperio romano), cayó en manos de los musulmanes otomanos, el goteo se convirtió en una riada. Otro factor fue la expulsión de los judíos de España en 1492, cuyos eruditos emigraron a los diferentes centros culturales europeos. Hasta aquel momento, las tradiciones eruditas de los judíos habían sido desconocidas en la Europa cristiana.

Además del ámbito intelectual, factores políticos, económicos y culturales desempeñaron un papel decisivo que facilitó la aparición del Renacimiento. El hecho de que sus primeros brotes surgieran en Florencia, por ejemplo, estaba estrechamente relacionado con la riqueza de la ciudad y su gobierno republicano.

Una de las características más definitorias del Renacimiento, no obstante, fue el interés renovado en lo esotérico, sobre todo en la teoría y la práctica de la magia. Teniendo en cuenta el gran impacto que tuvo en el Renacimiento y el hecho de que apenas se

ocultaba esta influencia (como demuestra claramente el *Discurso* de Pico), es sorprendente que los historiadores ignoraran completamente este interés renovado hasta la década de 1940, cuando varios estudios empezaron a revelar su influencia en muchas de las grandes figuras de este periodo. Solo en el último medio siglo se ha valorado adecuadamente la importancia crucial de las filosofías esotéricas y mágicas, por ejemplo, en la obra de académicos como la historiadora británica Frances A. Yates (1899-1981). En una serie de libros que publicó durante las décadas de los sesenta y los setenta, Yates demostró que el Renacimiento fue impulsado en gran medida por la «filosofía oculta», una mezcla de sistemas esotéricos y mágicos de los siglos xv y xvi.

El término «filosofía oculta» proviene de uno de los tratados más importantes de la época sobre los principios de la magia, *Tres libros sobre filosofía oculta* (*De occulta philosophia libri tres*), de Heinrich Cornelius Agrippa, publicado entre 1531 y 1533. La palabra latina *occultus* significa oculto, oscuro o, por extensión, secreto, pero no necesariamente sobrenatural. Cuando se publicó, el libro de Agrippa debió de ser entendido como «filosofía escondida».

La reputación de la magia floreció durante el Renacimiento. De ser una disciplina exclusiva de individuos reclusos y algo espeluznantes, que en muchos casos desprendían un olor desagradable, casi se convirtió en una moda que se discutía abiertamente como un aspecto respetable de la filosofía e incluso de la teología. En el *Discurso*, por ejemplo, Pico della Mirandola sostiene que la magia es un camino válido hacia el conocimiento, pero se esfuerza por diferenciar la magia infernal y odiosa que utiliza demonios, de la magia natural, que abarca las más altas realizaciones de la filosofía.<sup>10</sup> En la explosión intelectual que supuso el Renacimiento, la magia se consideró una parte integral de todos los aspectos del conocimiento humano.

Como demostró Frances Yates, la filosofía oculta del Renacimiento se fundamentaba en tres corrientes del pensamiento esotérico. De ellas, los académicos modernos prestan especial atención a lo que actualmente se conoce como neoplatonismo, una filosofía y cosmología que se desarrolló en el crisol intelectual de la ciudad portuaria de Alejandría en el segundo y el tercer siglo des-

pués de Cristo. El neoplatonismo aunaba las ideas originales —que por entonces ya existían desde hacía ocho siglos— del gran filósofo Platón con otros conceptos místicos de Egipto y Grecia. Otra corriente era la versión cristianizada de la cábala judía que Pico integró a la filosofía oculta, lo que se ha considerado su gran innovación. Pero la tercera corriente y, de lejos, la más importante, era el hermetismo,<sup>11</sup> la filosofía que se atribuía al sabio legendario que honraban Pico y Copérnico: Hermes Trismegisto, o «Hermes el tres veces grande». Y fue esta corriente la que transformó la ciénaga de ignorancia y autodesprecio que era el mundo, en una tierra de genialidad intelectual bañada por el sol.

No se trata de sobreestimar el poder del hermetismo. Fue el responsable efectivo del Renacimiento, cuya esencia se podría resumir con la máxima de Hermes: «*Magnum miraculum est homo*» (literalmente: «El hombre es un gran milagro»). El hermetismo adoptó la determinación fanática de descubrir, inventar y comprender, y la abrumadora sensación de entusiasmo ante una perspectiva de posibilidades infinitas. No solo se apropió de la imaginación de Copérnico, sino también de otros grandes intelectuales posteriores. Provocó que se atrevieran a poner en cuestión el pensamiento convencional y que adoptaran ideas radicales, incluso subversivas, que cambiaron el mundo para siempre. Sus contribuciones a la ciencia hubieran sido imposibles sin el hermetismo. Sin Hermes Trismegisto, estos grandes pensadores nunca habrían sacado todo el partido de su genio.

## El guardián de todos los conocimientos

Hermes Trismegisto fue un sabio y maestro legendario de Egipto, cuya sabiduría había sido recogida en un conjunto de libros conocidos como los «textos herméticos». Aunque durante el Renacimiento se creía que Hermes Trismegisto era su nombre completo —y, por esta razón, Copérnico se refería a él únicamente como «Trismegisto»—, «el tres veces grande» era un epíteto honorífico, de modo que su auténtico nombre era solo «Hermes». Se decía que era descendiente del dios Hermes, o de su equivalente romano, Mercurio.

Durante la Edad Media, Hermes Trismegisto fue una figura verdaderamente legendaria, a la que solo se conocía por algunos fragmentos dispersos de sus supuestos escritos y por algunas referencias a él o a sus obras que aparecían en los textos antiguos. Una de estas referencias provenía de Clemente, el obispo de Alejandría, quien, alrededor del año 200, vio a sacerdotes y sacerdotisas egipcios exhibiendo sus libros sagrados y documentó que existían cuarenta y dos obras de Hermes (un número que, cuando menos, según la comedia de ciencia ficción de culto del escritor Douglas Adams, es sagrado para los autoestopistas galácticos).

Aunque sobrevivieron algunas referencias a los textos herméticos, todas excepto una habían desaparecido, al menos en Europa. Sin embargo, todavía circulaban en Bizancio ejemplares copiados a mano del resto de los libros y, significativamente, en algunas escuelas islámicas. En un momento dado, se agruparon dieciocho tratados que fueron conocidos bajo el epígrafe de *Corpus Hermeticum*. Cuándo, por quién y por qué fueron reunidos, es un misterio, pero el *Corpus* se dio por acabado en el siglo XI y Bizancio parece ser el lugar más probable donde pudo haberse llevado a cabo dicha recopilación.

Otra fuente importante del hermetismo fue una antología de unos cuarenta fragmentos, algunos del *Corpus Hermeticum* y otros de origen desconocido, que compiló Estobeo, el erudito pagano de Macedonia alrededor del año 500, y en la que se incluía un tratado completo: *La Virgen del Mundo (Korè Kosmou)*. Otro texto hermético, la *Tabla de Esmeralda*, tuvo una importancia capital, aunque solo ocupara media página. Supuestamente reproducía las palabras del propio Hermes Trismegisto. Se creía que las trece máximas alquímicas de la *Tabla de Esmeralda* se habían grabado originalmente en una tabla de esta preciosa piedra verde. Nadie sabe con seguridad si esta obra tiene alguna relación con los textos herméticos griegos puesto que proviene de una fuente árabe que llegó a Europa vía España en el siglo XII, pero tuvo una influencia enorme entre los alquimistas, lo cual contribuyó a cimentar el estatus de Hermes como algo más que un mero sabio. Para aquellos cuya admiración rozaba la adoración, Hermes era, como mínimo, un maestro semidivino.

El único libro hermético completo que se conocía en Europa en la Edad Media era el *Asclepio*, o *El discurso perfecto*, una traducción al latín del siglo XIV de un original griego perdido que consistía en una sesión de preguntas y respuestas entre Hermes y su alumno epónimo. Asclepio era el dios griego de la curación; en este tratado, el alumno es también descendiente del dios, aunque no compartía su naturaleza divina. Los nombres de los personajes, incluidos los de Amón y Tat (Tot), que también aparecen como testigos del debate, manifiestan la actitud hermética tanto hacia la divinidad como hacia la humanidad en general. Defiende que, aunque hay un Dios, los seres humanos que alcanzan cierto nivel de sabiduría también pueden alcanzar la divinidad. Un ejemplo de ello es el ancestro de Asclepio, al principio un mortal que descubrió la medicina y que, a pesar de morir y ser enterrado —su cuerpo momificado se encontraba en un templo especialmente construido para él— todavía era capaz de interceder por los enfermos. De forma análoga, Hermes Trismegisto se describe a sí mismo como un descendiente del dios Hermes que sigue ayudando a la humanidad.

Los textos herméticos son una mezcla de, por un lado, conocimientos filosóficos y cosmológicos y, por el otro, de astrología, alquimia y magia. Durante siglos, e incluso hoy día, se ha intentado separar estas disciplinas porque se consideraba que la filosofía es sofisticada y coherente mientras que la astrología y la magia son primitivas e incoherentes (una edición de la década de 1920 sencillamente borró toda referencia a estas). Algunos estudiosos incluso sostienen que la compilación del *Corpus Hermeticum* es un intento de purgar el canon de los textos más manifiestamente mágicos. De todos los textos herméticos conocidos, los del *Corpus* son, con diferencia, los menos mágicos, pero incluso en ellos se pueden hallar algunos elementos arcanos, lo cual no nos debe sorprender puesto que la filosofía y la cosmología son indivisibles en la visión del mundo oculto.

## La mente de Dios

Los libros herméticos exponen una cosmología, filosofía y teología estrechamente relacionadas a las que, en principio, se puede acceder con facilidad, a pesar de que algunos detalles son tan abstrusos como los antiguos textos alquímicos por razones similares. Aunque cualquier estudiante puede leerlos, están concebidos para dirigirse únicamente al corazón y la mente de aquellos que merecen saber sus secretos. La capacidad de comprender sus alusiones y metáforas extraordinarias, y de entender las conexiones entre ellas es, en sí misma, una especie de iniciación en un mundo de maravillas espirituales e intelectuales.

A pesar de la tendencia medieval de considerar los libros como la obra del gran Hermes Trismegisto, obviamente fueron escritos por varios individuos que «presentan interpretaciones diferentes de una doctrina común»,<sup>12</sup> y, con una honestidad escrupulosa, a menudo señalan que algunos tratados son contradictorios.<sup>13</sup> La razón de que se atribuyan a Hermes es que todos los autores prefirieron permanecer en el anonimato, lo cual —como veremos— es muy revelador. Los autores creen que su doctrina común proviene de Hermes, el maestro para la humanidad que ha escogido Dios, «el revelador que todo lo conoce».<sup>14</sup>

La filosofía y la cosmología de los textos herméticos no solo es mística sino también profundamente mágica, y abarca diferentes reinos del ser, desde la materia bruta hasta las esferas divinas, también el reino de los seres sobrenaturales, divinos, angélicos y demoníacos. Pero, en última instancia, es monoteísta, y atribuye toda la creación a un solo Dios, a pesar de que incluye a dioses y diosas menores, una categoría a la que también los humanos pueden aspirar si alcanzan un alto grado de conocimientos. «Avanzar» no consiste únicamente en una suerte de «evolución espiritual», como la que hoy día se arrojan los adeptos a la New Age con un deje de superioridad. Los grandes progresos intelectuales que benefician a la humanidad también se tienen en cuenta. Asclepio se ganó la divinidad gracias a sus progresos médicos (sin duda mejor que un premio Nobel).

Pero, al contrario que el Dios creador de la tradición judeocristiana, el Dios hermético forma parte de su creación íntima-

mente. En la visión hermética, el universo es Dios y Dios es el universo. El cosmos es una entidad viva y todo lo que hay en él está imbuido de vida. El hermetismo también incorpora la idea antaño común del *anima mundi*, el alma del mundo. El universo hermético es más parecido a un gran pensamiento, a una emanación de la mente de Dios, que a algo sometido a sus órdenes. Pero Dios necesita el universo para existir, como señala el historiador estadounidense de la ciencia y la filosofía Ernest Lee Tuveson (las cursivas son suyas):

El elemento esencial de la concepción hermética de la realidad es que el mundo emana de la inteligencia divina y que, como un *todo* en el que *cada* parte es un componente esencial, expresa esta gran Mente.<sup>15</sup>

Como señala el filósofo estadounidense Glenn Alexander Magee —cuya especialidad es la influencia del pensamiento esotérico y, en particular, del hermetismo, en la cultura occidental—, esta explicación de la necesidad de Dios de crear el universo supera los aspectos incoherentes del relato bíblico de la creación. Magee afirma que la narración tradicional judeocristiana no ofrece ninguna razón de peso de por qué Dios quiso o necesitó crear el universo o la humanidad: ¿qué saca él de ello? Esta era una de las razones principales por las que la explicación hermética atraía cada vez más a los pensadores más sofisticados del Renacimiento: «La gran ventaja de la concepción hermética es que nos explica por qué el cosmos y el deseo humano de conocer a Dios existen en primer lugar».<sup>16</sup>

Los pensadores herméticos consideran que los seres humanos disfrutan de un lugar especial en la creación. Como seres esencialmente divinos atrapados en un cuerpo animal, según su doctrina, los humanos no solo poseen la chispa divina (que está presente en todas las cosas), sino que comparten efectivamente la mente de Dios. Los humanos son los únicos seres de la creación de Dios con el potencial para convertirse en divinos. La salvación, según la concepción hermética, depende del uso de nuestras avanzadas facultades místicas e intelectuales. Como afirma el Tratado X del *Corpus Hermeticum*:

Porque el humano es un ser vivo semejante a Dios, que no se puede comparar con otros seres vivos de la tierra sino con los que habitan en los cielos, a los que se llama dioses. O mejor —si nos atrevemos a decir la verdad—, aquel que es realmente humano también está por encima de estos dioses o, como mínimo, tiene poderes equivalentes.<sup>17</sup>

Por lo tanto, uno asciende gracias al conocimiento que proviene tanto de una mayor comprensión intelectual y filosófica del cosmos como de una forma de ilustración más espiritual llamada *gnosis*. Pero la relación entre el creador y humanidad es un ciclo inacabable, como apunta Magee:

Los herméticos no solo sostienen que Dios necesita la creación, sino que también consideran que una criatura específica, el hombre, desempeña un papel crucial en la autorrealización de Dios. Los herméticos aseguran que el hombre puede conocer a Dios, y que el conocimiento de Dios por parte del hombre es necesario para la culminación de Dios.<sup>18</sup>

De modo que la visión hermética no solo proporciona una explicación más satisfactoria de por qué existe el universo, sino que también asigna a los humanos, potencialmente, un papel de primer orden, aunque es un papel que deben ganarse por sí mismos. Como afirma Asclepio, «el ser humano es una gran maravilla, un ser vivo que se debe adorar y honrar».<sup>19</sup> Los textos herméticos animan a las personas a utilizar todas sus facultades, poderes y talentos tanto para conocerse a sí mismos como para conocer el universo. Una parte importante de la afinidad con la creación requiere observar el mundo que nos rodea y analizarlo profundamente para descubrir su funcionamiento oculto. En el hermetismo esta cuestión no es solo un sentimiento noble, sino uno de los caminos más importantes hacia la salvación. El lema hermético «Sigue la naturaleza»<sup>20</sup> —que llegaría a tener un efecto profundo en los inicios de la ciencia— da fe de este pilar en su filosofía.

## Magia y misterio en Harrán

Dónde y cuándo se originó el hermetismo fue una cuestión que se discutió tanto entre escritores cristianos como entre no cristianos a partir del siglo II en el Imperio romano. Pero pronto desapareció, después de que el cristianismo se convirtiera en la religión dominante en Roma y comenzara a perseguir a paganos a partir del siglo IV. Aparte de una presencia fragmentaria, los textos herméticos prácticamente desaparecieron de Europa hasta el Renacimiento. No obstante, su sabiduría pervivió fuera del mundo cristiano, sobre todo en la ciudad de Harrán, unos ochenta kilómetros al sur de Edesa, en el sudeste de Turquía. Por qué perduró allí es un misterio; sin embargo, la huida de la persecución cristiana nos podría dar una posible respuesta.

Cuando Harrán cayó en manos de los árabes a mediados del siglo VII, ya era un famoso centro intelectual. Dos siglos después, según la tradición —que puede o no ser apócrifa—, el califa Al-Mamún los obligó a elegir: convertirse al islam, ser masacrados o identificarse como «gente del libro». El Corán exige protección y tolerancia para estos últimos —como los judíos y los cristianos—, puesto que veneran a un profeta reconocido por el islam.

Obviamente rechazaron la opción de ser masacrados y se identificaron como sabeos, o «gente del libro», mencionados en el Corán.<sup>21</sup> Pero el profeta sabeo no se encontraba ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento. Los sabeos declararon orgullosamente que este profeta era Hermes y que su libro sagrado era el *Corpus Hermeticum*. Por suerte, el Corán identifica a Hermes con el profeta Idris, la versión musulmana del Enoch del Antiguo Testamento. Los sabeos de Harrán también veneraban a Asclepio como profeta y Agathodaimon («Buen Espíritu»), un personaje de los diálogos herméticos y gran maestro e intermediario con Dios.<sup>22</sup> Peregrinaban a las dos grandes pirámides de Giza, a las que veneraban como las tumbas de Hermes y Agathodaimon.<sup>23</sup>

Poco después de que supuestamente tuviera lugar el episodio de Al-Mamún, la gran biblioteca de Bagdad, la Casa de la Sabiduría (*Bayt al-Hikma*) —que también era un centro de investigación y traducciones de obras extranjeras, además de observatorio— volvió a ponerse en funcionamiento. Muchos sabeos se

trasladaron allí, el más eminente de los cuales fue el famoso polímata Thabit ibn Qurrah (835-901). Fue allí, en Bagdad, donde los libros herméticos se tradujeron al árabe. Los fundamentos de la ciencia árabe en la Edad Media, por lo tanto, fueron obra de los sabeos y estuvieron inspirados por los textos herméticos.<sup>24</sup>

Los sabeos desaparecieron de Bagdad y Harrán cuando, a mediados del siglo XI, se prohibió la presencia de los no musulmanes. Es posible que se convirtieran en devotos del sufismo, la rama mística del islam que propone una comunión del individuo con lo divino. Aunque el sufismo había estado presente desde hacía siglos, emprendió una normalización durante el siglo XI que, según algunos, se debió al influjo sabeo.<sup>25</sup>

Muchos especialistas han resaltado que el interés renovado por los textos herméticos en Bizancio coincidió con el fin del hermetismo sabeo.<sup>26</sup> Pero ¿fue realmente una coincidencia? Psellos, el filósofo platónico de Bizancio, se convirtió en el primer occidental que escribió sobre el hermetismo en medio milenio y muchos han especulado con que los sabeos, escapando de la persecución, habían llevado con ellos a Constantinopla su apreciada literatura.

## El redescubrimiento

Uno de los mecenas más importantes en los inicios del Renacimiento fue Cosme de Médici, vástago de una dinastía de banqueros que prácticamente eran los dueños de la república de Florencia. Tenía una gran ambición respecto a lo que él y su corte podían lograr y envió a agentes para que adquirieran libros esenciales. También se hizo con los servicios de uno de los grandes eruditos de la época, Marsilio Ficino (1433-1499), a quien encargó grandes proyectos académicos y la educación de su hijo, Lorenzo. La intención de Cosme era nada menos que restablecer la Academia de Platón, pero esta vez en Florencia con Ficino como responsable. El fundamento de esta tarea sin duda demasiado ambiciosa tenía que ser la primera traducción de las obras completas de Platón del griego al latín, que por entonces era la *lingua franca* de los académicos europeos.

Justo cuando Ficino iba a mojar la pluma en el tintero para comenzar la traducción de Platón, surgió de improviso una posibilidad mucho más emocionante. Uno de los agentes de Cosme, un monje llamado Leonardo de Pistoia, volvió de Macedonia con un manuscrito griego de los primeros catorce tratados del *Corpus Hermeticum*. Ficino cuenta que en 1463 Cosme le ordenó que dejara de inmediato la traducción de Platón y que se concentrara exclusivamente en el *Corpus Hermeticum*. Se atribuye esta urgencia a que Cosme cayó gravemente enfermo y estaba desesperado por leer los textos herméticos antes de morir. Y su deseo se cumplió: tuvo un año entero para disfrutar de ellos.

Debido al aura de misterio que rodeaba a Trismegisto y sus libros perdidos, esta fue, con gran diferencia, la obra más popular de Ficino, como prueban las muchas copias del manuscrito y las varias ediciones que se hicieron de la primera impresión en 1471. Los descubrimientos que hizo posible la traducción de Ficino supusieron un terremoto en la comunidad académica de Florencia y otras ciudades, donde se discutía fervientemente sobre estos textos. Fueron estos los que atrajeron a Florencia a Pico della Mirandola, quien fue discípulo de Ficino entre 1484 y 1486, año en el que partió a Roma con sus novecientas tesis. Como escribe Tuveson en *The Avatars of Thrice Great Hermes* (1982) [*Los avatares del tres veces grande Hermes*], «con la traducción que Ficino hizo de los textos herméticos en el siglo xv, una especie de “nueva fuerza” apareció en el mundo occidental».<sup>27</sup>

Como hemos mencionado, una de las razones por las que el redescubrimiento de los textos herméticos provocó entusiasmo fue porque era radicalmente diferente de la rígida visión cristiana de la creación y el lugar que la humanidad ocupaba en ella. Otra fue la idea de que una antigua religión original, ya perdida, era el fundamento del resto de las religiones. Se conocía por nombres variados como *prisca theologia* («antigua teología»), *prisca philosophia* («antigua filosofía») o *philosophia perennis* («filosofía eterna»). Muchos creían que esta religión antigua y perdida se podía encontrar en Egipto, puesto que incluso la Biblia reconocía que su civilización y religión eran anteriores a las de los israelitas. De hecho, incluso se sugería que el propio Moisés había aprendido grandes secretos de los egipcios. Dado que se conside-

raba que Hermes Trismegisto era el famoso sabio del antiguo Egipto, parecía lógico que los textos herméticos pudieran contener restos de la teología antigua.

Por otra parte, Ficino tuvo una gran influencia por méritos propios. La estrecha relación que mantuvo con los textos le llevó a imbuirse profundamente del mundo hermético y empezó a discernir cuestiones extrañamente recurrentes. Un historiador de la Italia moderna, Tim Parks, destaca la aportación más importante de Ficino:

Parecía que todo el mundo había seguido una misma/única fe cuyos antiguos sacerdotes habían sido Zaratustra, Hermes Trismegisto, Orfeo, Pitágoras, Platón, san Pablo y san Agustín.<sup>28</sup>

Por lo tanto, según Ficino, un linaje secreto de sacerdotes enlazaba las antiguas creencias paganas con el cristianismo. Así que dedicó todas sus fuerzas a intentar recuperar y reconstruir esta «única fe» y llegó a la conclusión de que era una corriente mágica subyacente que unía sistemas de creencias aparentemente irreconciliables. De aquí que se le ocurriera la idea de la «magia natural», que se servía de las fuerzas de la naturaleza en lugar de la conjuración de demonios o espíritus.

La alegría de vivir que marcaba el camino hermético se extendía mucho más allá de los estudios académicos. Peter Tompkins, un investigador estadounidense, afirma:

Ficino consideraba que el deseo sexual era una corriente de energía responsable de la cohesión de todo el universo [...]. Ficino incluso llegó al punto de recomendar las festividades de Baco (o Pan) como una forma de escapar de las limitaciones humanas normales y alcanzar el éxtasis en el que el alma se transformaba milagrosamente en el mismo dios amado.<sup>29</sup>

La obra maestra de Ficino fue *Tres libros sobre la vida (De vita libri tres)*, publicado en 1489, y fue extremadamente influyente en filósofos arcanos como Agrippa. Pero, de nuevo, a pesar de ser una síntesis de varios sistemas filosóficos y mágicos, el hermetismo seguía siendo el corazón y el alma de la obra de Ficino.

El siguiente paso fue llevar sus ideas de Florencia a Roma. Por sorprendente que nos parezca, muchos de los más altos rangos de la Iglesia católica simpatizaban con el mensaje del hermetismo e incluso consideraban que podía ser compatible con el cristianismo.

Los textos herméticos proclamaban que el mundo material había sido creado por un dios menor, o Demiurgo, a quien el Dios de todo le había encargado esta tarea en particular. En el *Asclepio*, se afirma que Dios amaba a este segundo dios como si fuera «Su Propio Hijo»,<sup>30</sup> lo cual es un paralelismo obvio con Jesús. En *Poimandres*, el primer tratado del *Corpus Hermeticum*, la Palabra creadora de Dios también se describe como «el Hijo de Dios»,<sup>31</sup> y para algunos es un precursor claro del majestuoso inicio del Evangelio de Juan: «En el principio, fue el Verbo».

Estas referencias llevaron a algunos prosélitos cristianos, como el autor de finales del siglo III y principios del IV, Lactancio, a aceptar a Hermes Trismegisto como el profeta pagano que anticipó el advenimiento de Cristo. Pero esta suposición no era de ningún modo unánime: otros, como san Agustín, atribuían la presciencia de Hermes a advertencias de demonios inquietos. Pero, cuando se redescubrieron los textos herméticos en el siglo XV, al menos los más entusiastas podían defender su posición invocando como referencia a algunas autoridades primigenias de la Iglesia.

Algunos pensadores se esforzaron por establecer una opción intermedia: aceptaban la filosofía y la cosmología pero rechazaban la magia; otros, como Pico della Mirandola, señalaron que los dos ámbitos de los textos herméticos eran inseparables y esto demostraba que la magia —siempre y cuando no hubiera alguna maldad oculta, como espíritus conjurados— era una actividad cristiana legítima. Después de todo, Moisés se había visto envuelto en una confrontación de magia con el mago del faraón y, probablemente, había aprendido magia en Egipto. Algunos incluso sostenían que Jesús había hecho sus milagros empleando la magia natural.

Otros iban más allá y pensaban que Egipto era el origen de la sabiduría que primero heredaron los judíos y luego los cristianos. Esto, afirmaban, elevaba a Hermes a una posición como mínimo igual a la de Moisés, quien, a pesar de no ser cristiano,

se merecía respeto por su contribución a la tradición religiosa que había escogido Dios para su hijo.

El grado de aceptación que tuvo este razonamiento en hombres de posición importante —incluido el papa— se puede apreciar con la historia de Giovanni Pico della Mirandola, quien se consumía en una prisión parisina después de ser arrestado por órdenes de Inocencio VIII. No pasó mucho tiempo en la cárcel. Dado que provenía de una familia bien relacionada, sus poderosos defensores intercedieron por él. Uno de estos defensores era Carlos VIII de Francia y otro Lorenzo de Médici —el Magnífico—, que por entonces era uno de los hombres más ricos e influyentes de Florencia. Al final, el papa permitió que Pico volviera a Florencia siempre y cuando se comportara, lo cual fue garantizado por Lorenzo. Aun así, las obras de Pico siguieron en la lista prohibida.

En 1492, Inocencio murió y le sucedió el español Rodrigo Borgia quien, al colocarse la tiara papal, adoptó el nombre de Alejandro VI. Su papado comenzó por todo lo alto. No solo absolvió a Pico y sus obras de cualquier rasgo de herejía, sino que también le escribió una carta de admiración, y el hecho de que lo hiciera en un momento tan temprano de su papado demuestra lo convencido que estaba de ello. Equivalente a un apoyo papal, la carta se incluyó en las subsiguientes ediciones de los libros de Pico. Pero, tal como fueron las cosas, su repatriación no duró mucho, pues murió en 1494, a la temprana edad de treinta y un años.

Pero ¿por qué Alejandro respaldó a este arribista herético? Como apunta la carta, Pico y el papa compartían una pasión por todo lo relacionado con el hermetismo. El papa Borgia incluso encargó representaciones decorativas de los textos para sus dependencias personales en el Vaticano —el Appartamento Borgia— que aún se conservan en la actualidad. En el conjunto de frescos sobre temas mitológicos que hizo Pinturicchio, Hermes Trismegisto aparece dos veces, posiblemente tres ya que una imagen de Mercurio matando al gigante Argos se considera una referencia velada a él.

La primera referencia hermética en las dependencias de Alejandro es una serie de imágenes que representan a los profetas paganos y judíos que supuestamente previeron el advenimiento de Cristo. Hasta aquí nada fuera de lo convencional: representaciones

o estatuas de Hermes Trismegisto aparecen en varias catedrales por la misma razón. Más inesperada es la pintura en la que Hermes y Moisés están sentados frente a Isis, lo cual implica que Alejandro atribuía a Hermes el mismo estatus que a Moisés y que la sabiduría de ambos provenía de Egipto. Con esto se expresaba que el judaísmo había surgido de la religión hermética egipcia, de la misma manera que el cristianismo había nacido del judaísmo. Por lo tanto, Isis no solo aparece en el Vaticano, sino que se la representa en toda su gloria y poder, en lugar de ser una deidad pagana que se humilla miserablemente frente al triunfo del cristianismo.

Otras imágenes peculiares de las dependencias de Borgia están relacionadas con los toros. Dado que este animal era el símbolo familiar puede que a primera vista no parezca sorprendente. Sin embargo, los bajo relieves en el Appartamento Borgia vinculan claramente el toro de los Borgia con el toro Apis de Egipto, que en las imágenes es adorado y, este, a su vez, adora la cruz. De nuevo, implica una asociación entre el cristianismo y la religión de Egipto, relacionada temáticamente con el papa Borgia adorando a Cristo. Todo apunta a que la relación entre el hermetismo y el cristianismo era importante para Alejandro.

No obstante, por muy extraordinario que parezca, no significa que Alejandro no fuera cristiano, o que un ocultista secreto se hubiera infiltrado en la más alta posición de la Iglesia. Era bastante aceptado considerar el cristianismo como heredero de una tradición que se remontaba a Egipto, una tradición que también se podía celebrar. Estas asociaciones respondían al nuevo signo de los tiempos. De hecho, lo más sorprendente de los frescos del Appartamento es que demuestran que incluso el papa Borgia era capaz de preocuparse más profundamente de los orígenes de su religión que la mayoría de los católicos de la época.

## El triunfo de Hermes

Ochenta años después del redescubrimiento de los libros herméticos perdidos, Copérnico dio un puesto de honor al legendario sabio egipcio en su obra seminal sobre el movimiento de los planetas. ¿Por qué?

No nos debe sorprender que Copérnico estuviera familiarizado con los textos herméticos, dado que había estudiado en Roma y Padua durante las dos últimas décadas del siglo xv, cuando todo el mundo académico hablaba de ellos. Pero las pruebas apuntan a que para él estos textos fueron algo mucho más importante que una mera moda intelectual. La deuda con los textos herméticos es patente por el hecho de que las tres ideas revolucionarias que propuso y le hicieron famoso —el movimiento de la Tierra en el espacio, la rotación sobre su propio eje y que el resto de los planetas, igual que la Tierra, orbitaran alrededor del Sol—, ya aparecían en estos.

En el *Asclepio*, por ejemplo, encontramos la siguiente afirmación en medio de un discurso sobre las «clases» o los arquetipos:

La clase persiste y engendra copias de sí misma con una frecuencia, cuantía y diversidad parejas a los diferentes momentos que hay en la rotación del mundo. A medida que rota, el mundo cambia, pero la clase ni cambia ni rota.<sup>32</sup>

El hermetismo da una importancia primordial al Sol, al que considera una especie de estación repetidora del poder creativo y reanimador de Dios, de modo que lo describe como el «dios visible» o el «segundo dios».<sup>33</sup> Pero, aunque no sea tan extraño que el Sol tenga un papel tan protagónico en los textos herméticos, algunos pasajes sobre su importancia son fascinantemente específicos. El Tratado XVI, en el que Asclepio expone varias cuestiones que le quiere enseñar al rey Amón, contiene dos afirmaciones bastante reveladoras: «Porque el Sol se encuentra en el centro del cosmos, como si fuera una corona»;<sup>34</sup> y «Alrededor del Sol están las ocho esferas que dependen de él: la esfera de las estrellas fijas, las esferas de los seis planetas y aquella que rodea la Tierra».<sup>35</sup>

Estas «esferas» se corresponden con el concepto moderno de órbita, puesto que se pensaba que los cuerpos celestes estaban unidos a esferas transparentes. Según el viejo sistema tolemaico, las esferas rodeaban («dependían de») la Tierra, y el Sol ocupaba su propia esfera. Pero el Tratado XVI describe una situación diferente en la que las esferas están alrededor del Sol y este se encuentra en el centro. La Tierra, por su parte, también posee su propia

esfera y, de la misma forma que el resto de los planetas, «depende del» Sol, de una manera que solo se puede comprender en términos copernicanos.

Quizá lo más interesante de todo es que los aspectos heliocéntricos solo se mencionan de pasada, mientras se elucida algún otro principio. Parece que los autores de al menos estos tratados herméticos en particular daban por supuesto que la Tierra orbitaba alrededor del Sol. Al referirse a Hermes Trismegisto en su propia exposición del sistema heliocéntrico —además de apelar a la idea de Ficino de que el Sol era la encarnación de Dios—, está claro que Copérnico, cuando menos, estaba familiarizado con el prototipo del que surgían sus propias ideas. Frances Yates concluye:

Se podría afirmar que, o bien el profundo énfasis en el Sol en esta nueva visión del mundo fue la fuerza emocional impulsora que indujo a Copérnico a emprender sus cálculos matemáticos sobre la hipótesis de que este era el centro del sistema planetario; o bien que esperaba que el descubrimiento fuera aceptado más fácilmente al presentarlo en el marco de esta nueva actitud. Quizá ambas explicaciones sean verdad, o al menos en parte.

En cualquier caso, el descubrimiento de Copérnico fue presentado bajo el patronazgo de Hermes Trismegisto, con una cita de aquella famosa obra en el que Hermes describe la adoración al Sol de los egipcios en su religión mágica.<sup>36</sup>

Por otro lado, Tobias Churton, un experto británico en hermetismo y gnosticismo, afirma lo siguiente:

Da la impresión de que Copérnico diga: la verdad de la cuestión ya estaba allí, pero pasó desapercibida porque juzgamos las cosas desde una perspectiva terrestre. Pero Hermes, en el inicio de la ciencia, ya lo vio.<sup>37</sup>

El hecho de que la inspiración de Copérnico fueran los textos herméticos, por descontado, hizo que el debate sobre la perspectiva heliocéntrica fuera de sumo interés para los hermetistas, sobre todo porque parecía reivindicar sus textos semisagrados.